

17 de noviembre de 2023

en la cocina de noche

en la libreta roja (con un bic verde)

Olga querida,

Las ideas para emprender posibles inicios se agolpan, como siempre, en la autopista del cuerpo que parece desembocar en un lugar cavernoso vinculado a la muñeca, que apunta hacia la salida, adoptando la mano una postura rara cuando agarra un utensilio que despierta en mi de forma perenne el recelo más profundo. ¿Cómo es posible toda esta maquinaria que se despliega y mueve cosas que no veremos, al igual que yo a ti ahora no te veo pero siento que piensas conmigo, aunque todavía no sepa ni lo que piensas...? Al igual que todavía no me entrego a Agustín... Vengo del proceso infernal de enterrar la tesis en los capítulos arduos de la vida, que por inútiles se terminan volviendo cómicos; decíamos ayer, con Germán, que estaba en proceso de “despresurización”, sin saber qué naturaleza tiene ese vapor, hacia dónde se dirige, qué es lo que quiere ahora. Por el momento, gastar; gastar dinero en libros, en piezas de ese puzzle que armaría a una persona que desconozco pero quiero conocer, porque los ojos de quienes admiro lo miran con amor. Tan necesarias son las luces, los revulsivos; así es tu escritura para mi. Así se mueven las cosas: por afectos entra la palabra.

Me acompañan varios Agustines: el que se ocupa de la locura, de desnacer, de la familia y de la pareja. *Desnacer* me atrae especialmente. Sobresale en tamaño; guarda la dimensión que tenían los libros antiguos, los de nuestros padres. Qué sé yo, la nostalgia no siempre es mala. Ahora imagina que no me gusta, que me cae mal, que no lo entiendo, que me atasco como ahora me atasco al principio, como las ideas que se agolpan en la punta de los dedos y corren más rápido de lo que el utensilio que me despierta recelo porque transformar lo intangible, aunque sea de forma precaria, en tangible. ¿Tan importante es objetivar, convertir en objeto este flujo de energía que pide concretarse en algo, tomar forma? Siempre el temor a objetivar... Porque parece significar la imposibilidad de otros caminos simultáneos (como la identidad: ya no somos palabra fosilizada; somos imagen, capaz de contar distintas historias a la vez), de haber dicho las cosas de otra forma, quizás más certera, apuntando hacia algún núcleo que queda más o menos cerca de una verdad que siempre se disipa.

Tu escritura me hace querer; querer escribir. Querer. Escribir. Ando rodeándola, cortejándola: sólo puede verse una vez como primera vez. Además, los ojos son lentos hacia afuera y demasiado rápidos hacia adentro.

Intuyo que cuidar(te) es escuchar(te)/atencionar(te) con los ojos.

Tomo de catapulta la excusa de una tarea encomendada para hacer luego lo que me da la gana y decir lo que me da la gana. ¿Es esto el verdadero privilegio? Ya no deseo el rigor. Sólo la expresión. Y bueno... cuánto de ético hay en eso. Cuánto de egoísmo o de abrazar el hedonismo nihilista de darse al placer por el placer... regodearse en la propia palabra como si uno pudiera tumbarse en ella y olvidarse en ella. Como si fuera posible una relación con la palabra que no te sacudiera.

Me atasco. Voy a leer. ¿El qué?

¿*Desnacer*? ¿Qué espero encontrar ahí? ¿Otra forma de decirme a mí misma? ¿Es *Desnacer* un manual, como toda filosofía, de un buen morir? Otra forma de conjunción palabrística que diga cosas que resuenen con algo para lo que parece que todavía no hay conjunción palabrística. DESDE AQUÍ LEO.

Cómo de maravilloso sería volver a i(nv)(m)aginarse en la madre, volver. Saber. Creo que ya sabemos, de todas formas; hay algo que busca la ingravidez y la ligereza siempre de días pasados. ¿Será eso *desnacer*?

Desnacer empieza dudando de si *Desnacer* merecería nacer... Dice Agustín: “una copia decente”... La empresa es fantástica, pero cómo alejarnos de la épica. Cómo llegar a la plaza por la que pregunta la chavala, cómo dar con el camino. Obvio: preguntando, confiando en que, con otro, vamos al encuentro. Aunque el otro tampoco sepa por dónde y quiera también preguntar.

[Pausa para cortar las uñas]

¿Hay formas de experimentar el amor -con minúscula- que no sea a través del Amor -con mayúscula-? Voy buscando una imagen que no es... ¿cuál la motivación? Fácil: la aceptación de lo que hay, es parcial, incluso la experiencia del infinito o del amor. Es... temporal, efímera. No buscamos eternidades; pues entonces quizá ya está la respuesta.

San Roque del Acebal [iba a escribir *Madrid*: aún me cuesta, a día de hoy, cuando ya han pasado dos años desde que me mudé a Asturias, asumir que no vivo en Madrid; y aún me resulta más extraño todavía reconocer no solo que no vivo yo en Madrid, sino que, para más inri, te estoy mandando a ti, que eres de Asturias, una carta a Madrid; el caso es que como, en realidad, tú y yo terminaremos deshaciéndonos un poco a través de estas cartas, pues, al final, me da por pensar que puede que yo me encuentre un poco en Madrid al estar mandándote esta carta y tú te encuentres un poco aquí, en Asturias, al estar recibéndola], 5 de diciembre de 2023

Amiga Marina:

He madrugado para escribirte esta carta. No es que el madrugón sea una condición *sine qua non* [mírala ella qué fina, diciendo *sine qua non*] para escribirte. Simplemente, es que me apetecía escribírtela temprano por la mañana. Supongo que no hay, y espero que no haya, que dar más razones. Ni siquiera hay que dar ninguna razón. Y bien podría haber suprimido la información para no tener que estar ahora liada en este berenjenal.

Decía que te escribo esta carta, aunque mi objetivo es dejar de hacerlo. Quiero salir sin saberlo de esta carta habiendo dejado de escribírtela, pero sin clausurarla, sin acabarla. No quiero terminar la carta, pues eso la instalaría en el reino del ser y de la muerte, que son lo mismo. Solo quiero, pues, no haberla estado escribiendo. Porque la carta terminada, esa carta-ser, al fin, ¿no trabajaría, entonces, como uno de esos artefactos ópticos que apuntalan la Realidad (con mayúscula inicial) de la que habla Agustín [me ahorro sus apellidos porque ya le pesaba a él el nombre propio a secas, como para tener que endosarle, además, los apellidos todo el rato]? ¿Cómo dejar de ser carta o cómo ser menos carta? ¿Cómo ser una carta negativa, al modo del niño negativo de Rafael Sánchez Ferlosio, también mencionado por Jordi Carmona en su libro, que nace, pero no:

*Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no?*

¿Cómo escribir —digo, o *se* dice a mi costa, o sea, sin yo estar a los mandos de la razón común— una carta a nadie [o sea, a lo cualquiera de ti], una carta nunca, una carta nada, una carta no? Es obvia la imposibilidad de mi empresa, pues a cada letra que escribo, me desdigo, o *se* desdice en mí lo que *se* decía antes.

En todo caso, continúo, más bien perpleja ante el desarrollo de los acontecimientos que, negro sobre blanco, aquí se desarrollan, siendo yo [¿yo?] mera espectadora de lo que por mí, quiero decir, a través de mí [o de *este* cuerpo], sucede sin ¿yo? buscarlo enteramente. Hay momentos en los que creo que de verdad sucede esa carta a nadie, nunca, nada, no, pero, justo en el instante de la alegría por ser consciente de ello, la carta deviene, por encanto metafísico, una carta a alguien, siempre, algo, sí. Dura poco la vida, y qué insistente es la Realidad (con mayúscula inicial), supongo.

Justo ahora está amaneciendo. Lo veo todo desde la ventana cuando levanto la mirada y olvido esta carta que a veces es para alguien y a veces para nadie, que a veces siempre y a veces nunca, que a veces algo y a veces nada, que a veces sí y a veces no. Es absurdo decir *justo ahora* cuando *se* habla sobre el amanecer, que dura más que un *ahora*. A no ser que el *ahora* se prolongue. Ahora que lo pienso, así podríamos abolir el Futuro. Ea, pues: sea el ahora eterno de este amanecer de cielo azul y nubes rosas, violetas y grises [MENUDA CURSILADA QUE TE HE SOLTADO, TÚ].

Mientras escribía lo anterior y repasaba la carta negativa para corregir las erratas [ya ves lo

poco acostumbrada que estoy a que la vida suceda, que he de revisar lo escrito para atenerme a unas normas prescriptivas del ser], el cielo se ha vuelto celeste [me refiero al color, lo otro sería una redundancia, ¿no?] y las nubes son ya grises por completo. Ni que decir tiene que se trata de otro cielo y otras nubes diferentes a las del párrafo inmediatamente precedente. ¿No te parec...

Amiga Marina:

Hace dos días, mientras estaba sentada en una silla de la sala de espera de la consulta de logopedia a la que acude periódicamente Dani, me inmiscuí sin querer, pero también sin discreción —todo hay que decirlo—, en la conversación que mantenían dos niños de unos doce años, calculo. O sea, que me puse a escucharlos en plan cotilla. Por cierto, y antes de relatarte el tema de la conversación de aquellos dos niños, he de informarte de que ambos se llamaban Diego. Lo cual me pareció una estrategia azarosa y brillante —entre otras posibles, claro— para ser dos sin que por ello cada uno tenga que ser uno. Al ser dos diegos, se cancelaba de un plumazo la chorrada esa del nombre propio, y "Diego" —con mayúscula— pasaba a ser "diego" —con minúscula. ¿Había dos diegos?, me pregunto. ¿O más bien había un diego distribuido en dos cuerpos? ¿O acaso no eran diego la propia conversación y la propia amistad que ocurrían entre esos dos cualquieraes?

Al grano: resulta que diego argumentaba que el colegio era una "cárcel infernal". Con estas mismitas palabras lo sostenía. Y su amigo diego contestaba, más colaboracionista... Quiero decir, más cabal y maduro —según el criterio del adulto medio, supongo—, que, bueno, que el colegio sí que es útil, y que se aprenden muchas cosas allí, y tal y cual. Pero diego, sin darle un respiro, arremetía de nuevo de forma contundente: "pero, a ver: ¡si los primitivos aprendieron a hacer fuego sin que existieran los colegios..! ¿Qué me dices a eso?" El caso es que me acordé del nivel de odio que Agustín les tenía a los exámenes y a las evaluaciones académicas...

La conversación continuó durante algunos minutos, con cada diego manteniendo su posición. O, quizás, lo que pasaba es que diego, uno y duplo, decía y se contradecía sin cesar. La cosa tocó a su fin cuando una logopeda escindió aquel diego que estaba sucediendo y se llevó a uno de los cuerpos a la consulta; con lo cual, quedó el otro mudo y sin nada más que soltar por la boca, tal era la envergadura de las consecuencias que la ausencia de diego producía en diego.

Te cuento esto, como quien dice, sin ton ni son. Como quien habla por no callar.

San Roque del Acebal, 12 de febrero de 2024

Amiga Marina:

Esta carta está habitada por una duda que me ha surgido y que me da miedo: al escribir este epistolario, ¿estamos cayendo en una burda copia de Agustín o estamos realmente dejándonos poseer por él para permitir que pase algo, o sea, que su pensamiento nos atraviese? ¿Sería fácil distinguir desde fuera esas dos formas de relacionarnos con él? No quiero caer en una imitación, y, sin embargo, temo estar cayendo en ella. Pero, claro, luego me acuerdo de que hay que enorgullecerse del fracaso de una misma, pues sugiere lo limpio de la empresa, ¿no? Entonces ya no sé si me da más miedo "hacerlo bien y que pase algo" o "fracasar y ser una burda copia"...

Un abrazo.

Oviedo, 12 de febrero de 2024
unos minutos más tarde

Olga querida:

Recuerda que le estás escribiendo a la mayor impostora. Yo, que no sé nada sobre Agustín (si por saber sabemos lo que es ese tan grande “saber” que no sabemos..., i. e., leer como comadreas arrebatadas por una iluminación bastarda que ciertamente no llega a estas catacumbas under-académicas que transitamos como ratillas clandestinas...) aquí estoy, abandonándome al placer de diluirme entre los distintos conjuntos (tú, yo, Agustín) que no cierran; aquí estoy, utilizándolo vilmente a él como excusa y catapulta para escribirnos unas líneas que se trazan hacia el infinito, hasta que topan con la resistencia/potencia de las líneas de la otra y ¡catapum!, la chispa. El sentipensamiento conjunto. El nacer de las ganas de algo. El placer placeroso de hacer con los otros; que todo este rollo sentipensante no se reduzca a un -aun más envilecido todavía- ejercicio de onanismo.

De ahí que a mí me asalte otra duda y preocupación: si no he vertido gotas de sudor sobre sus escritos, ¿acaso tengo yo derecho (¡cómo me atrevo!) de hablar? ¿De pensar? ¿De decir nada en absoluto? Sabemos que el derecho a la palabra se conquista como cualquier otra cosa: los puestos, las tierras, las mujeres... ¿Tengo derecho a plantarme aquí, delante de esta gente, y hablar sin saber? Aún más: ¡de pasármelo bien! ¿Tengo derecho a jugar, a sentirme poseída por un espíritu, que es uno y trino y acontece en la intersección de nosotros tres, y trazar esas líneas infinitas llenas de palabras que llegan hasta ti?

¡Olga querida! La invasión de este espíritu me engola juguetonamente las expresiones, que son frutas cuya piel se parte y revienta de una ironía estratégica contra la amargura del querer ser y no querer en este tablero cuyas normas todo lo pervierten. Exige unidad y coherencia del yo para que la propia palabra sea el peso de la identidad. Y para ganar ese peso específico, ¿a cuántos de nuestros yoes hemos de traicionar al día?

Escribir no deja de ser otra forma de actuar.

Oviedo, 20 de marzo de 2024

Amiga Marina:

Hace poco, me terminé el escrito de Agustín titulado «El Amor y los 2 sexos». Aunque el desarrollo del mismo no sigue los postulados ortodoxos de la sexología, sin embargo, sí encontré muchos puntos en común con la retórica que, por ejemplo, uno de los exponentes de la sexología sustantiva en este país emplea. Me refiero a Efigenio Amezúa. Yo tengo un problema con la sexología y, en general, con cualquier disciplina que desea cristalizar(se) profesionalmente e instituirse como parcela oficial del saber. ¿Acaso no es posible pensar el sexo desde la filosofía en un sentido amplísimo? O incluso, desterrar a la filosofía de este asunto: ¿acaso no es posible seguir pensando el sexo desde el pensamiento —que no es razón pura, sino razón necesariamente encarnada, vital, común y multiperspectivista, pero no relativista? No es que pretenda yo quitarles el título a los sexólogos ni a nadie, y, mucho menos, el dinero con el que pagan su pan. Pero no puedo evitar que me dé rabia. Hay quienes verán en esto un privilegio de clase, claro. Sientes rabia de que se profesionalice —o sea, se remunere, se convierta en moneda de cambio equivalente a cualquier otra cosa— una profesión porque a tí no te hace falta el dinero. Pues claro que me hace falta el dinero, pero también me da asco que cada acción, cada gesto de la vida se convierta en una oportunidad de negocio. La precariedad aprieta, qué duda cabe. Y yo paso por el aro, pero enfadada.

Solo era esto. Espero que estés bien.

Abrazos,
Olga

Oviedo, 17 de abril y 7 de mayo de 2024; y San Roque del Acebal, 10 de mayo de 2024

Amiga querida, **querida amiga**:

Esta carta tiene el espíritu partido en dos tiempos. **Esta carta tiene la materia dividida en dos cuerpos**. Cuando la empecé, mi organismo se veía afectado por la recurrente fuga de sangre menstrual. **Mientras la termino, estoy sufriendo los estragos fisiológicos embotantes y perezosos de la premenstrualidad**. Me quejaba y se quejaba, enroscándose el cuerpo sobre sí mismo, en un movimiento contrario al del desperezarse de un felino en busca de un calor que guarda el caldo de pollo de las abuelas; ese que resucita a un muerto. **Hoy es tu cumpleaños y, si bien no he preparado caldo de pollo, sí tengo la pretensión de hornear un bizcocho. También tengo una cámara analógica antigua para regalarte. ¿Te gustará?** Pensando en formas de prender el hogar del cuerpo, me dije, me pongo con Agustín. A leer lo mismo que tú. La lectura que habíamos acotado con la esperanza de que así, mi yo desastroso pudiera resultar engañado y extraer de él algún tipo de rentabilidad... Pero na. Porque, como bien sabes, Tiempo y Trabajo -con mayúsculas- se lo comen todo; y cuando tengo tiempo -sin mayúscula-, la infinidad de opciones me paraliza. Así que seguí tiritando de desidia, imaginando qué podría decir Agustín del dos en uno, del uno en dos, de la ausencia de lenguaje para pensar el misterio de la intersubjetividad que, como sabes, yo imagino desde el cuerpo embarazado. Ahí estaba yo: poniendo el huevo, atada a la fuga mensual que te hace pensar distinto y que, desde luego, se pasa por el forro aquello del Tiempo con mayúsculas... **Pero, antes de que llegues a casa, debería terminar de escribir tu carta, que es la mía, tal y como lo decidimos el último día que estuvimos juntas. Así que, en efecto, aquí me tienes, frente a la pantalla del ordenador, en pijama todavía, pensando en el bizcocho de después, que se convertirá en mi segundo desayuno. No sé si tú habrás desayunado ya.** Agustín, Agustín, Agustín, ¿Agustín?, ¡Agustín!, Agustín... ¡Que nos pilla Agustín, querida Olga! ¡Que la movida es en tres semanas! Dentro de las mayúsculas del Tiempo y del Trabajo, querida amiga, todos nos prostituimos. De dos horas libres que tenía en el instituto para aprovechar y seguir redactando mi respuesta en dos tiempos, he logrado rascar sólo media para ello... Estamos enfadadas con el Tiempo y con el Trabajo, y pasamos por el aro, claro. Como Efigenio y su sexología clásica (¡qué risa!), con la salvedad de que él igual lo sabe, pero también le sabe al arte de hacer oídos sordos, que es un gran arte; salirse con la suya pensando que con su astucia burla al Tiempo y al Trabajo. Y la gente es capaz de irse a dormir tan pancha... y levantarse al día siguiente pensando que ha burlado la Realidad. En fin. De coherencia también nos podemos morir, ¿eh? Y también te digo, y aprovecho para la revancha: en Filosofía hay también muchas formas de prostituirse. Me pregunto si entre una cosa y otra hallaremos la forma de encarar aquello que nos viene sobrevolando todo el tiempo: que, de ser, ¿cuántas somos? **La verdad es que, ahora que lo pienso, en el caso de que seamos una en dos o dos en una, entonces, ¿de quién demonios es el cumpleaños hoy? ¿Nacería yo un 10 de mayo aunque en mi DNI ponga 31 de agosto? ¿Y de qué año? Me estoy haciendo un lío. ¿He de darte el regalo o quedármelo, sorprendida por obsequiarme a mí misma, que eres tú, con lo que ya tenía de antemano? ¿Lo envuelvo en papel brillante para desgarrarlo luego yo? ¿O lo envuelves tú y me lo das? ¿O lo envuelvo yo y te lo doy? ¿O te lo das a ti, habiéndolo envuelto yo? ¿No es extraño eso de cumplir años? ¿Si me meto una porción de bizcocho en la boca notarás tú el sabor dulce?**